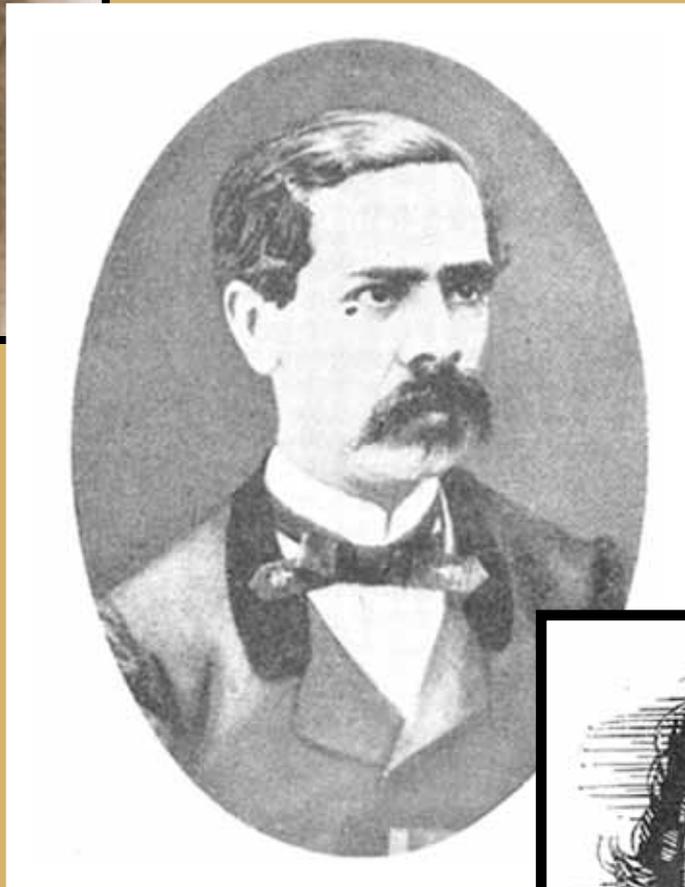
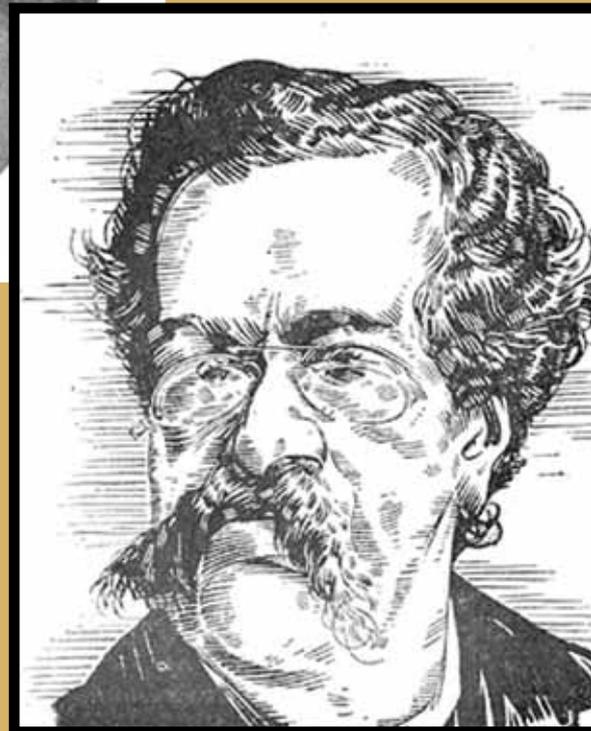




Ricardo Palma



El bibliotecario
mendigo



Este peruano es sin duda el escritor más relevante del siglo XIX en el país andino, renovador de la prosa latinoamericana y creador de un género intermedio entre la crónica y el relato breve, la “tradición”, a través de la cual contó la intrahistoria del Perú, sacando a la luz anécdotas y fragmentos de la tradición oral, expresados en un lenguaje dinámico y atractivo.

Procedente de una familia humilde, Palma comenzó su carrera literaria a los quince años, formando parte de un grupo denominado “La bohemia de mi tiempo”. De esa época, hacia el año 1848, datan sus primeros contactos con bibliotecas públicas, sus poemas de juventud y también sus primeras colaboraciones en diversas publicaciones periódicas, como redactor o crítico de espectáculos. Inquieto políticamente, secundó la sublevación del general Vivanco contra el gobierno de Castilla, y tres años más tarde participó en un frustrado intento golpista de corte liberal. Debido a ello tuvo que exiliarse, y se instaló en la ciudad chilena de Valparaíso, donde vivió hasta su regreso a Perú en 1864. Desde entonces hasta 1872, fecha en la que publica el primer tomo de sus tradiciones, se mantuvo en la política activa desempeñando varios cargos como cónsul, secretario del presidente Balta y senador.

Cuando Chile entró en Guerra con Perú, en 1879, Ricardo Palma ya era uno de los escritores más afamados de América Latina. Pero su actitud siempre abierta a la vida pública le llevó a participar en la Guerra defendiendo la capital peruana. Su saldo personal fue muy negativo, porque su casa fue incendiada, perdiendo toda su ya voluminosa biblioteca personal, sus manuscritos no publicados e incluso unas memorias que escribió mientras era secretario de Balta. Pero fue precisamente entonces cuando su relación con las bibliotecas se hizo más profunda. Perdió la suya propia pero fue nombrado por el presidente Miguel Iglesias, al final de la Guerra, Director de la Biblioteca Nacional, que también se encontraba destruida después de la contienda con Chile. Su obra al frente de la institución fue importantísima porque, con un exiguo presupuesto, propio de un país que debe reconstruirse en todas sus facetas públicas, logró

ponerla al día en muy poco tiempo e incluso mejorar sus fondos, gracias a que utilizó su prestigio literario para pedir dinero a personalidades diversas de todo el mundo, con las que tenía una relación privada antes de aceptar el cargo, ganándose el apelativo de “el bibliotecario mendigo”. En ese sentido, el haber sido nombrado en 1878 miembro de la Real Academia Española le abrió muchas puertas a intelectuales comprometidos con la difusión de la cultura a través de los libros.

Durante los últimos meses de 1883 y los primeros de 1884 preparó el edificio y los libros ya recibidos para realizar una gran inauguración oficial de la nueva biblioteca, algo que ocurrió el 28 de julio de 1884. En ese momento, la Biblioteca contaba ya con más de veinte mil libros, obtenidos casi todos por su incansable trabajo de petición a instituciones, políticos y escritores de Europa y América. De esos veinte mil, más de la tercera parte eran libros restituidos a la Biblioteca por parte de usuarios que no los habían devuelto, sobre todo por los dueños de las bodegas o tiendas, que solían ser italianos. A esos establecimientos acudían con frecuencia soldados chilenos, que llevaban libros robados y los cambiaban por licor u otros productos. De hecho, entre 1881 y 1883, en plena Guerra, uno de los salones de la Biblioteca había sido utilizado como caballeriza por uno de los batallones chilenos, y los libros y documentos fueron administrados sin control. La pérdida fue monumental, ya que, antes de comenzar la contienda, la Biblioteca poseía más de 56.000 volúmenes, entre ellos valiosas y antiguas ediciones de la Biblia, clásicos griegos y latinos, incunables europeos, manuscritos sobre procesos de la Inquisición, memorias de virreyes, documentos sobre los jesuitas, etc. Cuando Palma tuvo que redactar el primer informe al frente de la Biblioteca, consignó que, de los 56.000 volúmenes

solo quedaban 738. Nos imaginamos el tremendo esfuerzo que hizo para que casi un año más tarde, en la inauguración, hubiera ya más de veinte mil. Y en 1900, la Biblioteca ya tenía, además de 35.000 libros, 835 periódicos, 1326 volúmenes de folletos y papeles varios y 340 manuscritos.

Por todo ello, no parece extraño que Palma considerase la Biblioteca Nacional como algo muy suyo, muy personal. Tanto es así, que trataba los libros como si estuvieran en su propia biblioteca particular. Por eso, se otorgó el derecho de expresar su disconformidad con lo escrito en ellos por los diversos autores, de tal forma que colocaba comentarios en los márgenes, de su puño y letra;

históricos. Cuando el peruano dejó la dirección de la Biblioteca en 1912, su sucesor, Manuel González Prada, el otro gran escritor peruano del siglo XIX, con el que se encontraba personalmente enfrentado desde hacía muchos años, realizó un inventario de la institución, señalando el estado de la misma, la conservación de los volúmenes, etc., y llamó la atención sobre ese particular. Es verdad que la crítica que hizo Prada a la gestión de Palma fue general y además altamente destructiva, como es lógico, por la rivalidad que había entre ambos, pero se ensañó particularmente con el uso indebido de los libros a través de las anotaciones manuscritas en los márgenes de las mismas páginas de los volúmenes, y también de los numerosos sellos estampados. Arremetió González Prada con las “en-

Palma no dudaba en hacer constar sus opiniones en incunables, en libros del Siglo de Oro, incluso en libros editados por él. Es curioso encontrar comentarios en varios ejemplares de sus volúmenes de tradiciones, donde el mismo autor ejercía de crítico literario sobre su propia obra.

expresiones como “¡Qué burro!”, “Este mea fuera de tiesto”, o incluso “Es un cojudo”.

Si bien esta actitud no es justificable, por mucho que fuera el Director, lo que sí es cierto es que se entregó con audacia y generosidad a la labor de reconstrucción de la Biblioteca. Sus pasillos y habitaciones constituían prácticamente su hogar, y allí mismo escribió algunas de sus más conocidas y apreciadas tradiciones, que fueron saliendo a la luz pública poco a poco hasta los primeros años del siglo XX. Y lo hizo porque estaba convencido

de que los peruanos tenían fe en la cultura y la ilustración, y que ese camino de civilización es lo único que podía contrarrestar la locura de las guerras y los conflictos armados.

Se puede rastrear el paso profundo y denso de Palma por la Biblioteca a través de las anotaciones que hizo en muchas de las obras y manuscritos. Muchas veces eran verdaderas muestras de crítica literaria o conocimiento profundo de temas culturales e

mendaduras, tarjaduras y borroneaduras”. Y se preguntaba qué sería de cada biblioteca si sus directores y trabajadores se “arrogaran el derecho de multiplicar sellos personales y anotaciones caprichosas”¹.

Ningún autor ni época se libraron del brazo férreo del director. Palma no dudaba en hacer constar sus opiniones en incunables, en libros del Siglo de Oro, incluso en libros editados por él. Es curioso encontrar comentarios en varios ejemplares de sus volúmenes de tradiciones, donde el mismo autor ejercía de crítico literario sobre su propia obra. A veces, utilizaba la primera página en blanco, cuando debía anotar un pensamiento general y más amplio, o incluso la portada del libro, vertical u horizontalmente. Resulta asimismo inquietante el universo de los sellos. El siguiente director anotaba que los sellos que colocaba Palma en los libros y documentos suponía una fuerte obsesión. Pero lo más sorprendente es la enorme variedad de los sellos. Algunos eran circulares, otros ovalados, rectangulares, cuadrados, romboides e incluso había uno que semejava una palmera. Además, eran de todos los colores. Casi siempre llevaban el nombre de la Biblioteca, del bibliotecario, de la ciudad de Lima, y aparecían en cualquier sitio: páginas escritas, páginas en blanco, carátulas, etc., y acompañando a los comentarios manuscritos. Probablemente, esa obsesión maniática se debiera a la necesidad de hacer constar que ese ejemplar pertenecía a la Biblioteca, y que no hubiera ninguna duda. Sabemos lo que le costó a Palma recoger miles de ejemplares repartidos por toda



la ciudad, después de la guerra, para devolverlos al redil, para conservar a su “hija” intacta.

En sus anotaciones había elogios a buenos escritores, por su estilo o por el contenido (“Las cartas de Tamayo y Baus son deliciosamente escritas”, anotó, por ejemplo, al pie de una de ellas), pero también grandes mofas, como el comentario que hizo al libro de Augusto Martínez Olmedilla, *La caída de la mujer*, insistiendo en que si hubiera una cárcel para escritores groseros, Olmedilla iría allí a ocupar una celda. Y en un catálogo de libros españoles en venta, escribió: “¡Que la compre el nuncio! Su madre. Me meo”. Ahora bien, cuando hablaba de sí mismo, de una publicación que llevaba su nombre, siempre tenía un tinte histórico y a veces melancólico, aunque reconociera que no todo lo que escribió era bueno. Por ejemplo, al descubrir un número de la serie de *El Burro*, recordaba: “Fue este el primer periódico que redacté en mis días de colegio. Despachado propio de un muchacho de 19 años. De buena gana quemaría hoy estas burradas”.

En fin, estas apostillas, casi desconocidas, son un documento indispensable no sólo para entender la personalidad literaria de Palma sino también para entender la evolución de una biblioteca que, sin su trabajo, en una época muy difícil, no sería lo que hoy representa para el mundo de la cultura peruana. El crítico Roy Tanner, que las ha estudiado a fondo, ha dicho sobre ellas:

Las observaciones marginales de Ricardo Palma constituyen un aspecto poco conocido de sus escritos, lo cual se debe en gran parte a la incineración de la mayoría de ellas en 1943. No obstante, las apostillas restantes son lo suficientemente numerosas para que nos revelen importantes facetas de su vida o al menos refuerzan nuestra conciencia de ellas. En primer lugar demuestran el gran amor que tenía *por* la Biblioteca Nacional – su biblioteca– y el orgullo que sentía por el papel que desempeñaba en su restauración y

avance. Iluminan la abnegación con que don Ricardo cargaba con la responsabilidad que se le había otorgado y abren una ventana sobre ciertos procedimientos seguidos por Palma en la administración de la dirección. Nos enseñan en forma única cuáles eran sus prioridades tocantes a la preservación de los libros y su belleza estética. Por medio de ellas y el entusiasmo y energía que irradian llegamos a comprender mejor cuánto le encantaba leer y cuáles eran sus opiniones francas sobre ciertos aspectos de la política, la historia, la filosofía y la religión. Nos recuerdan su personalidad polémica por excelencia, lo que se manifestaba tantas veces en su vocación de periodista. Refuerzan mucho nuestra apreciación de sus ideas literarias y cómo practicaba la crítica literaria².

Cuando Palma leyó las recriminaciones de Prada a su labor como Director, escribió un folleto titulado *Apuntes para la historia de la Biblioteca de Lima* (1912), explicando detalladamente toda su labor, que fue muy intensa y positiva, el frente de la institución. En realidad, aparte del encontronazo con Prada, lo cierto es que su salida de la dirección fue algo violenta, provocada por graves desacuerdos con el gobierno de Leguía. Esa circunstancia tuvo como colofón un homenaje y una airada protesta por parte de la ciudadanía, que se concretó en una velada multitudinaria en el Teatro Municipal. Después de esa agitada vida de bibliotecario, Palma se retiró plácidamente a vivir al balneario de Miraflores, como patriarca de las letras peruanas, donde pasó los últimos siete años de su vida rodeado de hijos y nietos. Allí recompuso la Academia Peruana, escribió versos y algunas páginas de recuerdos, y comenzó a mendigar otro tipo de experiencias, las familiares y las de la vida tranquila de un anciano que siente que ha cumplido con su tiempo, como escritor y como bibliotecario. ■

Notas

- 1 González Prada, Manuel. Nota informativa acerca de la Biblioteca Nacional, Lima Imprenta Arica, 1912, pág. 15.
- 2 Tanner, Roy. “Las anotaciones marginales de Ricardo Palma en la Biblioteca Nacional”. En AIC. Actas X, 1989, págs. 1023-1024.

Ficha Técnica

AUTOR: Esteban, Ángel.

ILUSTRACIONES: <http://andresfluxa.files.wordpress.com>
http://www.cervantesvirtual.com/bib_autor/ricardopalma
<http://www.rree.gob.pe/portal/enlaces.nsf>

TÍTULO: Ricardo Palma, el bibliotecario *mendigo*.

RESUMEN: El escritor peruano Ricardo Palma, uno de los más destacados intelectuales del siglo XIX en el país andino, llegó a ocupar el cargo de director de su Biblioteca Nacional durante tres décadas. Su encomiable tarea, sobre todo en la recuperación de los libros perdidos por la guerra con Chile, no estuvo exenta de sombras y críticas. Se sentía tan identificado con la Biblioteca Nacional que prácticamente consideraba los libros como propios y sus instalaciones como su segunda casa.

MATERIAS: Palma, Ricardo / Autores Literarios / Bibliotecarios.